

920

GRANDS HOMMES
PQ 2231
56
V. 1

ALEXANDRO DUMAS

CÉSAR

TOMO I

Edición del autor

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEXICO

Imprenta de J. C. Torres y C. en la calle de San Juan de los Rios, No. 10

1870

1871



Biblioteca Jacinto Huilstrón

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86240

César nació el día 10 del mes de Julio, cien años justos antes de Jesucristo.—Mas tarde diremos como fué uno de los precursores de la religion cristiana, segun nuestro modo de pensar.

Ningun origen moderno, por ambicioso que sea, puede compararse al suyo: ni el de los Merode, que pretenden descender de Meroveo; ni el de los Levis, que se dicen primos de la Virgen.

Oidle á él mismo en el elogio fúnebre de su tia Julia, esposa de Mario el Viejo.

“Mi abuela materna, dijo, descendia de Anco Marcio, uno de los primeros reyes de Roma, y mi padre pertenecia á la familia Julia, cuyo origen fué Vénus; se halla, pues, en mi familia la santidad de los reyes, que son los señores de los hombres, y la majestad de los dioses, que son los señores de los reyes.”

Quizá nosotros los hombres de hoy, escépticos como somos, dudáramos de esa genealogía; pero ochenta años antes de Jesucristo, esto es, en la época en que César pronunciaba su discurso, nadie la ponía en duda.

En efecto, César tenía, transmitidas á través de los siglos, muchas de las cualidades de aquel cuarto rey de Roma, que reunía, según los historiadores, al valor de Rómulo, su predecesor, la sabiduría de Numa, su abuelo; que había aumentado y extendido hasta el mar el territorio romano, fundado la colonia de Ostia, echado sobre el Tíber el primer puente fijo, encerrado en el Pomœrium el monte de Marte y el monte Aventino, y organizado, si puede aplicarse tal palabra á la antigüedad, esa famosa comun romana, plebe agrícola que dió á la república sus mas grandes hombres.

Vénus, por su parte, ha sido pródiga con él. Su estatura es alta, su talle delgado, su piel blanca y fina; sus manos y sus piés están modelados en los piés y las manos de la diosa de la belleza y de la fortuna; tiene ojos negros y llenos de vida, dice Suetonio; "ojos de halcon," dice Dante, y su nariz ligeramente encorvada, le da con ese pájaro, y aun con el águila, una de esas semejanzas que tienen con los animales verdaderamente nobles los hombres verdaderamente grandes.

Por lo que hace á su elegancia, es proverbial: se arranca hasta el menor vello del cutis con el mayor cuidado, y se agrupa artísticamente sobre la frente sus cabellos, ralos desde muy jóven, indicio de una calvicie precoz. Ciceron no puede desconfiar de un jóven tan bien peinado y que se rasca la cabeza con un solo dedo para no descomponerse. Pero Sila, que es un político diferente del abogado de Tuscúlm, que tiene ojos mucho mas perspicaces que el amigo de Atico; Sila, decimos, viéndolo caminar perezosamente pisándose las franjas de la toga, lo señala con el dedo y dice: "¡Cuidado con ese cinturón flojo!"

Poco se sabe de la primera juventud de César. Roma, ocupada con las sangrientas disputas de Mario y Sila, no presta atención á aquel niño que crece en la sombra.

César tiene ya diez y seis años cuando el dictador nota en el Foro, en el Campo de Marte, en la vía Appia, un hermoso adolescente que camina risueño y con la cabeza erguida; que va rara vez en litera,—en litera no se le ve á uno bien;—que, al contrario de Escipion Nasica, ó Escipion Emiliano,—no recordamos bien en este momento,—el cual preguntaba á un aldeano viendo sus callosas manos: "¿Camina acaso sobre ellas, amigo?" que, al contrario de ese Escipion, repetimos, deja caer su mano blanca y afeiminada sobre las manos mas rudas; que conoce por

su nombre hasta á los esclavos; que pasa orgulloso y sin inclinarse lo mas mínimo ante los mas poderosos, al paso que lisonjea y hasta adula á los plebeyos; que está alegre en una época en que todos se muestran tristes; que es pródigo cuando todo el mundo esconde el dinero, y popular en un momento en que la popularidad es un título de proscripción.

Ademas de todo es sobrino de Mario.

El dictador, decimos, lo nota; quiere saber á qué atenerse respecto á él; va á imponerle su voluntad: si César obedece, Sila se ha engañado; si, por el contrario, se resiste á ello, lo ha juzgado bien.

Desde muy niño, César ha contraído esponsales con Cosucia, una de las herederas mas ricas de Roma, pero hija de padres caballeros, esto es, de mediana nobleza. El jóven no puede consentir semejante alianza; la caballería, la nobleza misma, son indignas de él; necesita el mas puro patriciado.

Así, pues, repudia á Cosucia y se casa con Cornelia.

Enhorabuena, esa sí le conviene; Cinna, su padre ha sido cónsul cuatro veces.

Pero á Sila no le conviene que el jóven César se apoye al propio tiempo sobre la influencia de su familia y sobre la de su suegro.

César recibe orden de repudiar á Cornelia.

Hay ya un antecedente sobre el particular; Pom-

peyo ha recibido de Sila una orden igual, y Pompeyo ha obedecido. Pero Pompeyo es una naturaleza secundaria, un grande hombre supuesto que ha abusado de sus desgracias para aparecérsenos á través de los siglos con una talla muy superior á la que tenia en realidad.

Así, pues, decimos, Pompeyo ha obedecido.

César se niega.

Sila por de pronto le priva del sacerdocio, ó mas bien, le impide llegar á él.—En Roma no se conseguia nada sino á fuerza de dinero. Ya volveremos á ocuparnos del particular.

Sila, como diria un cronista moderno, cortó los víveres á César. ¿De qué modo?

Aplicándole la ley Cornelia.

Y eso ¿qué era?

Era una ley que confiscaba los bienes de los proscritos y despojaba de ellos á sus parientes. Ahora bien; Cinna, padre de Cornelia, y algunos parientes de César, habian sido proscritos durante las guerras civiles, como afectos al partido de Mario; así, pues, una parte de la fortuna de César fué secuestrada, haciendo aplicarle rigurosamente aquella ley.

César no cedió por eso.

Entonces Sila dió orden de prenderlo.

En aquella época no habia llegado aun la delacion

á convertirse en una virtud política, como sucedió mas tarde, en tiempo de Calígula y de Neron.

César se refugió entre los aldeanos de la Sabina, donde la popularidad de su nombre le abrió hasta las chozas mas pobres.

Allí cayó enfermo.

Todas las tardes, en cuanto oscurecía, lo trasportaban á otra casa diferente de aquella en que habia pasado la noche.

En una de esas traslaciones lo vió y reconoció un teniente de Sila llamado Cornelio; pero mediante dos talentos de oro, esto es, dos mil ó dos mil cien pesos de nuestra moneda de hoy, lo dejó escapar.

En Roma se creyó que habia sido preso y hubo casi una revolucion.

En una época en que nadie intercedia sino por sí mismo, todos á porfía fueron á interceder por él. La nobleza en cuerpo y hasta las mismas vestales pidieron su perdon al dictador.

—Sea, puesto que lo quereis, contestó Sila encojiéndose de hombros; pero, cuidado: en ese jóven hay muchos Marios.

En seguida corrieron á la Sabina á anunciar esa noticia á César.

César se habia embarcado.

¿Para dónde?

Nadie lo sabia.—La historia y sus veteranos le echaron en cara mas tarde aquel destierro.

Habia ido á Bitinia, al lado de Nicomedes III.

Hoy apenas se sabe donde caia la Bitinia ni quién era ese Nicomedes. Nosotros lo diremos, pues tenemos la pretension de enseñar á nuestros lectores mas historia que la historia misma.

La Bitinia era la parte nordeste de la Anatolia. Al Norte confinaba con el Ponto-Euxino; al Sur con la Galacia y la Frigia; al Oeste con la Propóntida; al Sud-Oeste con la Pattagonia: sus principales ciudades eran Prusia, Nicomedia y Heraclea. Antes de Alejandro formaba un pequeño reino de la Persia gobernado por Zipetes.

Alejandro tomó al paso aquel reino en su manto macedónico, sobre el modelo del cual habia de fabricar mas tarde á Alejandría, é hizo de él una de sus provincias. Doseientos ochenta y un años antes de Jesucristo, Nicomedes I volvió á hacerlo libre. Aníbal se refugió en él al lado de Prusias II, y allí se envenenó para no verse entregado á los romanos. Bien conocida es la tragedia de Corneille sobre este asunto.

Nicomedes III era hijo de Nicomedes II. Reinó del año 90 al 95 antes de Jesucristo. Espulsado dos veces de sus Estados por Mitrídates, dos veces vol-

vió á ser restablecido en ellos por los romanos, y murió legando su reinado á la República.

En cuanto á la acusacion dirigida contra César respecto al régio testador, se halla resumido en las coplas que le cantaron mas tarde sus soldados.

“César ha sometido las Galias; Nicomedes ha sometido á César; César triunfó por haber sometido las Galias; Nicomedes no triunfó por haber sometido á César.”

César se molestará, ofrecerá justificarse con juramento; pero los soldados se le reirán en la cara y le cantarán la siguiente copla:

“Ciudadanos, guardad vuestras esposas; traemos con nosotros al libertino calvo que compraba las mujeres en las Galias con el oro que habia pedido prestado en Roma.”

César se hallaba, pues, al lado de Nicomedes III cuando supo la muerte de Sila.

Sila, en efecto, acababa de morir despues de haber abdicado.

Esa abdicacion imprevista es la admiracion de la posteridad. ¡Pobre posteridad! No se ha entretenido en contar el inmenso número de personas que en Roma tenia interes en que no le sucediese ninguna desgracia á Sila, y que lo guardaba simple particular con mucho mas cuidado que guardaba al dicta-

dor, el cual como tal no necesitaba que nadie le guardase, puesto que tenia su guardia.

Habia metido en el Senado trescientas hechuras suyas.

En Roma sola el número de esclavos que habia emancipado,—llamados *Cornelianos* y pertenecientes en su totalidad á los ciudadanos proscritos,—pasaba de diez mil.

Habia hecho propietarios en Italia, dándoles participacion en el *ager publicus*, á ciento veinte mil soldados que habian peleado bajo sus órdenes.

Ademas, ¿puede decirse que hubiera abdicado verdaderamente el hombre que en su quinta de Cumas, la víspera de su muerte, habiendo sabido que el cuestor Granio diferia pagar una cantidad que debia al tesoro esperando su fallecimiento, hacia coger á dicho cuestor y lo hacia estrangular ante sus ojos, al lado de su cama?

Al dia siguiente de aquella ejecucion murió, y de una muerte muy villana por cierto, el que se hacia llamar hijo de Vénus y de la Fortuna, y que tenia la pretension, justificada al parecer, de haber obtenido los favores de todas las mujeres hermosas de Roma: ¡podrido antes de morir! como ciertos cuerpos de que habla el sepulturero de Hamlet: *Rotten before he dies*. Exaló el último suspiro roído por los gusanos, que brotaban de las úlceras de que estaba

cubierto su cuerpo, y los cuales, parecidos á colonias de emigrantes, no salían de una llaga sino para entrar en otra.

Eso no impidió que sus funerales fuesen quizá su más bello triunfo.

Llevado de Nápoles á Roma por la vía Appia, el cadáver fué escoltado por los veteranos. Delante de aquel cadáver inmundo marchaban ochenta lictores con sus haces; detras del carro iban dos mil coronas de ora, enviadas por las ciudades, por las legiones, y hasta por simples particulares; al rededor se mantenían los sacerdotes protegiendo el féretro.

Sila, el reconstructor de la aristocracia romana, no ero popular, preciso es confesarlo; pero ademas de los sacerdotes, contaba con el Senado, con los caballeros y con el ejército.

Se temió un motin. Sin embargo, los que no habían intentado nada contra el vivo dejaron pasar tranquilamente al muerto. Y el muerto pasó al ruido de las solemnes aclamaciones gritadas á coro por el Senado, y de las sonoras tocatas lanzadas al eco por las trompetas.

Llegó á Roma, el infecto cadáver fué llevado á la tribuna de las arengas y elogiado allí.

En fin, fué enterrado en el campo de Marte, donde nadie había sido enterrado despues de los reyes.

Luego, aquellas mujeres de quienes él se jactaba

de haber sido el amante, aquellas descendientes de Lucrecia y de Cornelia, llevaron tal inmensa cantidad de aromas, ademas de los que ya habia contenidos en doscientas diez canastillas, que una vez quemado Sila, quedó material suficiente para hacer una estatua del dictador, de tamaño natural, y otra de un lictor llevando las haces ante él.

Muerto Sila en Cumas, elogiado en la tribuna de las arengas y enterradas sus cenizas en el campo de Marte, César vino, pues, á Roma, como hemos dicho arriba.

Ahora bien, ¿en qué estado estaba Roma?

Eso es lo que vamos á tratar de referir.